

Gerardo Piña

**DONDE EL SILENCIO
SE BIFURCA**

PERIFÉRICA



DONDE EL SILENCIO SE BIFURCA

'Pronto voy a morir.' Así comienza esta novela perturbadora y exigente, un largo monólogo (¿desde el limbo?) entre la realidad y la irrealidad. Angustia, opresión y miedo son palabras esenciales en el relato de un hombre que piensa el mundo: desde la enfermedad a los males de nuestro tiempo. Lección moral, y de lucidez, en medio de la consumación, el hombre que nos habla en este relato ejemplar podría ser personaje de un renacido Thomas Bernhard o del mismísimo Dante (del limbo a las puertas del infierno). Un país dividido por la guerra, una joven periodista torturada y asesinada, hambre y desolación... El Apocalipsis no está tan lejos, y de cuando en cuando aparece a la vuelta de la esquina.

'Es posible que la antesala de la muerte sea la propia muerte.' Desde *El asco*, de Horacio Castellanos Moya, pocos 'exabruptos' a la altura de éste nos ha ofrecido la literatura en español.

'Debes contar tu historia antes de que sea demasiado tarde. Todos tienen que hacerlo. Pero ¿quién quiere escuchar a todos? O mejor dicho: si todos cuentan su historia, ¿quién va a escuchar? Necesitamos que unos aprendan a no decir por un momento para que otros se esfuercen en decir algo significativo.'

©2018, Piña, Gerardo

©2018, Editorial Periférica

ISBN: 9788416291601

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 07/05/2019

Gerardo Piña

Donde el silencio se bifurca

EDITORIAL PERIFÉRICA

Créditos

P PRIMERA edición: enero de 2018

Diseño de colección: Julián Rodríguez

© Gerardo Piña, 2018

© de esta edición, Editorial Periférica, 2017

Isbn: 978-84-16291-60-1

Depósito legal: CC-08-2018

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.



*Para Aranza y Alonso,
la aliteración de mi vida*

Donde es silencio se bifurca

PRONTO voy a morir. No lo digo por el ave que cruzó por mi ventana (si es que eso es un ave y aquello una ventana). Tampoco porque el silencio a mi alrededor es casi total (algunas veces escucho aún un ruido blanco) sino porque no hay absolutamente nada más que falte por suceder. La corporeidad desapareció hace mucho tiempo, de la memoria o del aire no me queda mucho. Ahora mismo no sé si hablo o escribo. Aunque la diferencia importe solo para mí, me parece deseable -si no necesaria- establecerla. Porque *verba volant scripta manent*. ¿Cómo volver sobre estas palabras si no hay un registro? Seguramente solo hablo. No estoy lejos ni cerca de nada. No hay luz ni oscuridad aquí (asumo que no todo lo que existe es este lugar, pero nunca se sabe. Al menos hay una ventana (o algo que es como una ventana) a través de la cual he visto que cruzan aves. He visto tres o cuatro aves en algo así como diez o doce años. Y nunca antes había visto un albatros. Eso que pasó y que nadie más puede ver es un albatros. (En realidad podría no serlo o ser cualquier otra cosa porque de todas maneras no hay un solo testigo del hecho y eso me incluye a mí; sin mi cuerpo, sin la vida tal como la conocí, no puedo afirmar siquiera que yo esté aquí en este momento y haya visto un ave.) Tampoco hay nubes. Hay algo que podría ser gas, pero solo lo intuyo. Creo que algunas veces ha pasado frente a mi ventana. Ese gas transporta unas breves partículas, un polvo muy fino. A menudo soñaba que era el elemento primigenio al que todos nos reincorporamos en algún momento. No la muerte sino un estado de placer tan

absoluto que cualquier referencia espacio-temporal se vuelve innecesaria. Cuando veía el gas -por decirlo de algún modo- quería abrazarlo. Era como si me atrajera la idea de salir de esto que me pasa (y doy por hecho que me pasa algo) y el gas fuera la salida; una salida absolutamente falsa, implantada por la mera voluntad de que ese gas existiera y de que fuera el final de una situación que ha durado muchos años. Hubo momentos de angustia durante ese tiempo. En una ocasión intenté defenestrarme, pero mientras buscaba la manera de dirigirme hacia la ventana -o eso que parece o me parecía una ventana- el gas continuaba su camino; me ignoró por completo. Una vez logré acercarme lo suficiente y me di cuenta de que es un polvo como el de los anillos de Saturno. Una rara belleza. Una polvareda así debería cubrir la estratosfera de nuestro planeta. Con su solo reflejo la historia de la humanidad habría sido otra. Y quizás también la de todo el que pudiera relacionarse con esa materia aun desde grandes distancias. De lejos, a millones de años luz de distancia, se puede apreciar su forma centrífuga; una espiral que copia la estructura nebulosa de una galaxia y que a su vez replica la estructura de todo el universo. En una ocasión estuve tan cerca del gas que pasa por mi ventana que vi perfectamente cómo esa forma expansiva se desdibujaba frente a mí. Me sorprendió aunque todo el mundo sabe que basta acercarse a algo para que ese algo pierda su forma. A unos cuantos metros de mí -digo esto por usar un referente, pero bien podría sustituir la palabra *metros* por *kilómetros* y quizás por *años luz* sin producir el menor cambio en la estructura semántica o sintáctica de esa oración- flotaban partículas básicas que yo intentaría atrapar una vez que lograra salir de la ventana, pero ni siquiera encontraba mi cuerpo. No lograba atinar desde dónde partir y, cuando por fin me pareció que avanzaba hacia el gas y que había llegado a la ventana, solo atiné a mirar su forma de espiral desintegrada. Estiré lo que debían ser mis brazos hacia ese polvo finísimo, pero en realidad no había nada; quiero decir que mis brazos no estaban. Podía moverlos (supongo que del mismo modo en que el cerebro

produce todo eso que llamamos movimiento) pero jamás los vi y, para el momento en que estaba seguro de haber establecido un contacto con esa materia tan fina, el gas ya se había ido. En su lugar quedó un vasto silencio. Y es ese silencio el que seguramente produce el ruido ocasional que he referido antes; el sonido sin interrupción que produce el calor del universo al expandirse y que ha llegado hasta este estado en que me encuentro y que necesariamente es un lugar y un tiempo, pero del que no tengo mayor referencia que mi voluntad para describirlo. A veces no escucho el silencio. Puede que ya esté muerto y que cuando me parece oírlo, en realidad se trate de un recuerdo. Puede ser que viaje a la misma velocidad que el universo y sus sonidos ya me son propios y por lo tanto inaudibles. Y a veces hay algo que altera mi trayectoria y mi velocidad, y esa ligera diferencia provoca que el silencio se manifieste solo para mí. También puede ser que me haya acostumbrado a ese sonido y que por eso a veces me parezca no escucharlo. Creo que la primera vez que vi pasar ese gas por mi ventana fue precedida por una noche particularmente larga. Debí quedarme dormido porque tuve la sensación de despertar. Recuerdo bien esa súbita bocanada de aire en medio de una total oscuridad que al principio me hizo dudar si había despertado o no, porque no podía moverme y sentía una fuerte opresión en el pecho. Pero tenía los ojos abiertos -o quizás debería decir que las sinapsis que se reúnen cada vez que mi cerebro da la orden de que yo abra los ojos estaban activas como tantas y tantas veces lo han estado durante los muchos años que experimenté lo que solemos llamar vida-. No escuchaba mi respiración, pero podía sentirla. Y poco a poco percibí un punto muy lejano; un punto que tardó en convertirse en una tenue línea azulada. Era delgadísima. Al cabo de lo que a mí me parecieron varios días vi que esa luz dibujaba una silueta. Primero parecía una roca detenida. Así se quedó mucho tiempo. Tal vez meses. Luego me pareció que se trataba de un barco gigantesco aproximándose hacia mí. Al cabo de unas semanas -lo digo así para darle una cierta proporción, pero es muy probable

que mi memoria sea inexacta- vi que era la silueta de una ballena que flotaba encima de mí. Su presencia aumentó considerablemente la oscuridad, pero también acentuó la línea azul que era su límite. No sé si vi algunas de las rugosidades de su piel o si solo las pensé. Pero el paso de una ballena cuya extensión es de varios días constituye, a su manera, una medida temporal de las más útiles que conozco. Quiero aclarar a qué me refiero con *útil*. La utilidad de un concepto no difiere en gran medida de la de una palabra cualquiera, pero al tratarse de una unidad de medición temporal su arbitrariedad es innegable. Hablamos de días y horas o semanas con gran naturalidad, pero no hay nada que en el fondo justifique esa decisión. Eso que llamamos ciclos (solares, lunares, cambios de estaciones) pasan inadvertidos desde aquí. Yo hablo de tiempo porque hay cosas que nunca se olvidan o que cuesta mucho desaprender, pero bien podría hablar de algo como el tiempo con otra palabra o, mejor aún, sin palabra alguna. Nada me impide crear una seña para resignificar eso que llamamos devenir. Haber encontrado esta periodicidad (la imagen de un cetáceo que tarda varios días en pasar por encima del lugar de referencia apenas delineado por una luz frágil azulada contra un fondo completamente oscuro) como evento significativo para segmentar unidades de tiempo mayores a las que conocía y que son referentes más claros para mí en el aquí y el ahora de esta circunstancia en que irremediablemente me encuentro -y en la que quizás alguien más también llegue a verse aunque de eso no tengo prueba alguna- revitaliza el concepto mismo del lenguaje, pues la necesidad de nombrar algo y la arbitrariedad para hacerlo son el mayor distintivo humano. Y en eso consiste la utilidad de un concepto; en describir con la mayor precisión posible aquello que denota. O eso creía cuando lo pensé. Pero ahora no puedo saber si eso basta para calificar una palabra (en tanto símbolo) o un concepto como útil. Ni siquiera puedo afirmar que la utilidad tenga cabida aquí. Pero tampoco puedo explicar por qué su ausencia me provoca esta angustia. Hace tiempo que la angustia había -no di-

ré desaparecido- menguado lo suficiente para no hacerse notar. No sé exactamente cuándo volvió ni por qué; tampoco si se parece a la angustia de otros, o a la destrucción del alma que, según los antiguos, solo nosotros mismos, a través de nuestros actos, podemos realizar. Esto explicaría por qué la vida se parece a la búsqueda infructuosa del momento en que uno comenzó la destrucción del alma propia mientras pasan frente a nosotros, inadvertidas, innumerables oportunidades para repararla. Habría que aceptar que no sabemos nada de la muerte, no tanto para dejar de temerla como para asumir la futilidad de mantenerla viva en forma cotidiana. La muerte. Al respecto diré solo una cosa porque me gustaría, al decirla, que no sea cierta: es posible que la antesala de la muerte sea la verdadera muerte. Que el encuentro con uno mismo a través de una desorientación espacial con una suerte de ventana como único referente de otredad no sea lo que precede a un gran final sino la muerte misma. Y que llegar de pronto a su propia desubicación sea la manera de igualar nuestras experiencias o, como ocurre con el nacimiento, de hacerlas menos distintas. Desde allá o desde aquí (que es lo mismo) un grito de dolor o un fragmento de polvo son lo mismo. Lo que nos hace pensar que son experiencias distintas es la perspectiva; quiero decir, desde donde experimentamos el dolor o el polvo, desde donde miramos el polvo que desciende (aunque en realidad ascienda) y desde donde alguien manotea frente al dolor como quien juega a esparcir fosfenos es indicio de la diversidad de experiencias. La perspectiva es necesaria para todos porque corrobora la individualidad. Sin embargo, en la pérdida de ese espacio que sabemos único, todo lo que sucede nos sucede a nosotros sin que podamos elegir qué experiencia va primero. Y todo eso que sucede cambia radicalmente con respecto a eso que solíamos llamar vida. Digamos que hoy, aquí (por usar dos referencias conocidas que en realidad son una o ninguna) no hay gran diferencia entre el dolor, el polvo y un asterisco, por ejemplo, porque siempre suceden. Y porque requieren, como ya dije, de una perspectiva. Si fueras dolor,

¿podrías describirte? Mejor dicho: si fueras dolor o un asterisco sin perspectiva (y por lo tanto carente de referencias o señales mínimas de otredades), ¿podrías describirte? Esto iguala muchas cosas para todos; sobre todo para quienes subrayan la unicidad de sus experiencias. Pero aún no sé qué cosas se unifican en la nulidad de la perspectiva. Aunque sé que son muchas. Y todas dependen de mi lenguaje para que esa equidad ocurra en este discurso, aunque afuera de él también ocurra esa equidad si bien con otro nombre (o sin él porque el anonimato no impide las acciones). No podría ser que solo lo que ocurre en mi discurso sea lo que realmente ocurra, aunque yo esté seguro de que es así. Y los demás estén seguros. Y la única manera de saberlo sea pasar a otro estado (no sé si hablar de lugares es lo más conveniente ahora). Pero entonces tal vez no distinga mi voz de mi pensamiento o mi pensamiento de ese gas del que hablé hace un instante. Siempre supe -por decirlo de algún modo- que un día contaría mi historia. Antes de que sea demasiado tarde, me decía. Debes contar tu historia antes de que sea demasiado tarde. Todos tienen que hacerlo. Pero ¿quién quiere escuchar a todos? O mejor dicho: si todos cuentan su historia, ¿quién va a escuchar? Necesitamos que unos aprendan a no decir por un momento para que otros se esfuercen en decir algo significativo. A veces se precisa de una actitud atenta y paciente para que la voz alcance su equilibrio, para que las múltiples voces y las historias que se desprenden de la voz que oímos alcancen su punto máximo. La voz del otro. En el otro encuentro mi voz porque resuena. Y el otro encuentra en mi historia la suya a pesar de que no es suya; sabe que estas palabras no son emitidas por él pero las hace propias. También se adueña de las historias o de la falta de ellas como es el caso que nos ocupa, porque aquí no hay una historia. Quiero decir, tal vez hay una pero no tuvo un inicio propiamente y eso dificulta ver un final (y ya no hablemos de un momento climático). Tal vez ninguna historia contiene un momento climático; eso solo se puede señalar desde fuera de la historia. Es un atributo de quien puede hacer una retrospecti-

va sobre lo ocurrido o relatado, pero el relato en sí (este relato, por ejemplo) no es capaz de autodefinirse ni sabe nada de analepsis ni prolepsis. Y tampoco puede hacer suyas las interpretaciones que puedan desprenderse de él. O, en su defecto, la falta total de ellas. Porque hay historias que nunca nos pertenecen. Hay historias que se parecen a mujeres, a madres que colapsan en la calle sin que uno sepa por qué. Y nos mantenemos lejos de ellas por miedo a que nos hagan daño. Primero creemos que se trata de un hecho aislado, quizás irrepetible, y que presenciar a una mujer que enloquece y colapsa a unos pasos de nosotros es la causa de nuestra repulsión; la sorpresa del hecho es suficiente para sentir que debemos alejarnos, pero si conocemos y asimilamos lo que llevó a esa mujer hasta ese límite, nuestro rechazo al menor contacto con ella obedece más al distanciamiento de lo indeseado, al temor de que la mera presencia del infortunio sea una manera de invocarlo. Algo similar podríamos decir de traer a cuento un recuerdo de la infancia; invocamos su contexto y sus efectos aunque no sean nuestros. Como la vez que jugábamos carreterita en el patio y de pronto unos zapatos de mujer interrumpieron el juego. Levantamos la mirada y vimos a una señora que parecía haber perdido algo en el cielo. Le pedimos que se moviera pero nos ignoró. De pronto pareció darse cuenta de que estábamos ahí y comenzó a patear nuestros carritos, nos miró a todos como si no fuéramos reales y así se quedó, en una especie de pausa que le duró varios años. Hasta su muerte. El juego consistía en avanzar los carros hacia la meta. El borde de la calle era la carretera y cada jugador podía lanzar su carro tres veces por turno (sin acarrear) y tenía derecho a una prueba de lanzamiento en las partes más difíciles o peligrosas del camino para ver cómo respondía su auto en ese terreno. Si se había acordado desde el inicio del juego, cada jugador podía cambiar de auto según su juicio y conveniencia al enfrentar estas zonas peligrosas. Por ejemplo, alguien utilizaba un auto poco llamativo o mal decorado solo porque tenía una gran estabilidad; ese carro podía avanzar largos tramos en línea recta

casi sin desviarse del camino. Pero al llegar a una de las partes de la carretera en que había que atravesar afluentes, desiertos, zonas de deslave o ir a campo traviesa, ese carro ya no era una buena opción; entonces se podía cambiar de carro sin perder turno ni arriesgar el avance más de la cuenta. No era un juego fácil. Para llegar a la meta tardábamos varias horas. Algunos sábados comenzábamos el juego a las ocho de la mañana y terminábamos a la hora de la comida. Había metas previas a la meta final. Si tu carro se caía al pavimento o salía del camino debías regresar a la última meta cruzada. Excepto cuando jugábamos a la supercarretera; entonces solo había una meta y al caerte debías comenzar todo de nuevo. Podías estar a unos cuantos lances de la meta final después de unas cinco horas de juego, y un mal lanzamiento (porque imprimir la fuerza y dirección adecuadas al momento de lanzar el auto -sin acarrear; si no, se invalida el lanzamiento y dos acarreos pueden penalizarse como una caída- es más difícil de lo que parece) te obligaba a iniciar de nuevo. Pero esto nunca pasó. Nunca jugamos sin las metas previas. Nos gustaba hablar de aquellos tiempos en que otros jugaban así: veinticuatro horas seguidas en una supercarretera. Nos gustaba subrayar que no había más meta que la última y nos explicábamos unos a otros -quienes nunca habíamos vivido ni observado un juego de carreterita que no fuera de los nuestros- cómo las cosas eran distintas en otros tiempos (los carros, los materiales de que estaban hechos, los diseños, el suelo de la carretera, las condiciones climáticas -recuerdo que alguien llegó a mencionar nieve y neblinas extendidas hasta por varios días-) pero nunca hubo tal juego. El hijo de esa señora (la señora que acaba de patear nuestros carritos, entre los que se hallaban dos a punto de llegar a la meta final y cuya acción provocaría después largos debates entre nosotros, pues no podíamos ponernos de acuerdo sobre si debíamos permitir a ambos jugadores que realizaran su tiro de nuevo o considerar la intromisión de la señora como una caída y pedirles que retomaran el juego desde la última meta previamente cruzada por ellos, lo que abría nuevas posibilida-